

EL TOTALITARISMO DEL SIGLO XXI

Un enfrentamiento desigual

-por Samuel Hadas-

La globalización y la brutalización del terrorismo son uno de los fenómenos globales más notables de nuestro tiempo. El terrorismo se ha constituido en uno de los grandes protagonistas de la comunidad internacional. Somos testigos no solamente de la globalización en lo económico y en lo cultural, sino también de un preocupante fenómeno ante el cual no hay país inmune: el terrorismo golpea en los lugares más insospechados, porque ha sabido beneficiarse de las tecnologías y sistemas más modernos y de la porosidad de las fronteras. Dos de los actos terroristas más espectaculares han sido los atentados que destruyeron la Embajada de Israel en Argentina, en marzo de 1994 y el principal centro comunitario judío de Buenos Aires, la AMIA, en julio de 1998, que causaron centenares de víctimas. *Estos actos terroristas se llevaron a cabo muy lejos de la periferia de la zona de combate de los terroristas fundamentalistas involucradas y de los gobiernos que los instrumentalizan.*

El atentado contra la Embajada de Israel, el 17 de marzo de 1992 había sido la peor acción terrorista sucedida en Argentina, solo superado, dos años después, el 18 de julio de 1994, por la acción terrorista que arrasó con la AMIA, asesinando a 85 personas. Aunque ninguna de las investigaciones llevaron a conclusiones claras, es evidente que detrás de ambos actos está la mano de la organización terrorista islámica Hezboláh, con el apoyo directo de los servicios de seguridad de Irán. No faltan los indicios que corroboren esta teoría. Lamentablemente la investigación y el proceso fueron manejados de manera poco convincente y el resultado ha sido que los atentados no han sido esclarecidos y los asesinos y sus manipuladores no han sido llevados ante la justicia. Pero es evidente que lo sucedido en Argentina no ha sido sino dos hitos más en la guerra global con que el terrorismo totalitario intenta implementar sus aberrantes y demenciales designios. ¿Porqué Argentina? Porque, como otros países a los que llegó la larga mano terrorista, no estaban preparados, porque se consideraban muy lejos de las fuerzas del mal.

La estrepitosa - e imprevista - caída del Muro de Berlín en 1989 fue para muchos el presagio de una nueva era de seguridad y cooperación en el mundo. Las expectativas eran enormes. Se esperaba un nuevo y pacífico orden mundial en el que se impondría el reino del derecho sobre la anarquía del sistema internacional y se lograría incluso una situación de paz que sería garantizada con medios adecuados que harían improbable un conflicto armado. Este nuevo orden internacional se difuminó aún antes de ser esbozado siquiera. Lo que tenemos en su lugar es un nuevo desorden internacional que clama por el orden.

Vivimos una época en la que el terrorismo, sobre todo aquél motivado por quienes instrumentalizan la religión, se ha convertido en protagonista singular de la arena internacional. El resurgimiento y la manipulación del etno-nacionalismo, así como la expansión del fundamentalismo religioso, que asumen formas cada vez más violentas, constituyen una clara amenaza en el Mediterráneo. Son las trágicas consecuencias de la acción violenta de algunos grupos fundamentalistas, que han levantado muros de intolerancia y levantando nuevas fronteras - no geográficas, por supuesto - y es su acción la que puede representar uno de los mayores riesgos para la sociedad internacional hasta bien entrado el Siglo XXI. Aquí es donde se produce la conexión fundamentalismo-terrorismo y donde se corre el letal riesgo de que se produzca la ecuación terrorismo- armamento de destrucción masiva, sea químico, biológico e incluso nuclear.

De hecho estamos en plena guerra, una guerra impuesta por un nuevo totalitarismo: el totalitarismo religioso. La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría fueron contra totalitarismos seculares, el nazismo y el comunismo. La Tercera Guerra Mundial, escribe el comentarista del New York Times, Thomas Friedman, es una batalla contra el totalitarismo religioso, una visión de mundo que dice: Mi Fe debe reinar y puede ser afirmada y sostenida apasionadamente

solo si todas las otras son negadas. Pero a diferencia del nazismo, el totalitarismo religioso no puede ser combatido solo con las armas. **Es una guerra que debe ser librada principalmente en escuelas, mezquitas, iglesias, sinagogas y puede ser vencida solo con la ayuda de los líderes religiosos de las tres religiones monoteístas, aquellos que promueven lo contrario al totalitarismo religioso, una ideología de pluralismo, una ideología que aliente la diversidad religiosa y que la fe de uno puede ser nutrida sin reclamar la verdad exclusiva**

La política mundial, escriben Alvin y Heidi Toffler, solía estar dominada por gobiernos que competían entre sí. Hoy día, otras entidades, además de los gobiernos, ocupan el ruedo geopolítico. Hay de todo, desde corporaciones transnacionales hasta redes globales de mafiosos y narcotraficantes, un laberinto de agencias y decenas de miles de organizaciones no gubernamentales. En un subgrupo especial -agregan- están las grandes religiones del mundo.

Vemos como surge un abanico de actores que han comenzado a tener un protagonismo que se incrementa cada vez más, haciendo más complejas las relaciones entre los Estados y pueblos y en sus propias sociedades. En esta categoría encontramos a aquellos sectores que pretenden imponer -sin respetar fronteras- un nuevo totalitarismo, el religioso fundamentalista. Aquí encontramos a aquellos "superdotados" que intentan crear nuevas fronteras que se superponen a las territoriales ya existentes, fronteras que separan entre las religiones, comunidades y pueblos. Ellos se han constituido en los principales factores de desestabilización. El crecimiento de los movimientos fundamentalistas islámicos en Oriente Próximo y Africa del Norte debe ser visto sobre todo en el trasfondo de la situación social, del subdesarrollo y de los problemas económicos que caracterizan estas regiones. La situación social lleva a muchos, sobre todo jóvenes, a abrazar el fundamentalismo, que les ofrece una válvula de escape a las dificultades de la vida cotidiana, así como la esperanza de que la religión les proporcione una respuesta a sus aspiraciones. Esto posibilita a aquellos que instrumentalizan la religión utilizarla como un recurso para la movilización. Aquellos que los musulmanes llaman los "desheredados" constituyen el objetivo principal de los movimientos fundamentalistas totalitarios. Bajo el amparo de la religión llevan a cabo sus acciones criminales.

Es evidente que estamos no ante un choque de civilizaciones, sino que somos testigos del esfuerzo de sectores fundamentalistas totalitarios que tratan precisamente de crear ese choque de civilizaciones, excelente caldo de cultivo para sus designios. Es un terrorismo cuyo primer objetivo es la sumisión de los países musulmanes a su interpretación de los textos del Islam a la vez que rechaza los sistemas de valores del mundo occidental que consideran incompatibles con el Islam. El uso de la fuerza es uno de los medios de que se valen para lograrlo. Los conflictos en el mundo árabe no son en su mayoría resultado de un choque de civilizaciones, sino de tensiones internas de sus sociedades.

Hoy la religión está profundamente implicada en la política y la cultura de los pueblos y demuestra una energía vital. Somos testigos del resurgimiento de un fundamentalismo caracterizado por el rechazo de los valores occidentales que se sirve del malestar social y lo utiliza en términos morales religiosos. El fenómeno del propio subdesarrollo es percibido por los fundamentalistas como el resultado de la hegemonía del Occidente, del mundo europeo.

A veces me pregunto si la hipótesis de la creación de un nuevo Muro de Berlín en el Mediterráneo expuesta por el estudioso tunecino Nadji Saphir, no está en camino de concretarse y si algunos líderes religiosos no aportan lo suyo para que esto suceda. Cuando estudiamos, a la luz de la experiencia, el papel de los líderes religiosos, estamos lejos del convencimiento de que la contribución de muchos de ellos ha sido ejemplar y de que han sabido educar a sus fieles, con la palabra y con el ejemplo, en la dirección debida. Algunos líderes se han arrogado el derecho de interpretar la voluntad divina de un modo infalible, generalmente de una manera que rechaza el diálogo con el "otro", el "diferente". Desgraciadamente no pocos líderes religiosos han educado e insisten en educar e invitar a la violencia en nombre de Dios y de la religión, contra otra religión en particular.

Lamentablemente es un hecho de que líderes políticos y religiosos instrumentalizan inescrupulosamente las diferencias religiosas para incitar a la violencia, lo que convierte a la religión en un incentivo para los conflictos.

La cínica instrumentalización de la fe de los creyentes no ha encontrado una respuesta adecuada por parte de los auténticos líderes espirituales, aquellos que enseñan los verdaderos valores de sus religiones. Estos no han logrado aún constituirse en un elemento catalizador de una genuina reconciliación, en un contexto de paz.

¿Cómo evitar que la religión sea secuestrada por inescrupulosos que solo buscan instrumentalizarla en su beneficio y por los que proponen soluciones fáciles y engañosas que se sustentan casi siempre en la miseria? Los líderes religiosos deben enseñar a comprender la naturaleza del prójimo y de los desacuerdos con él y que solo en el espíritu del diálogo y respeto mutuo podrá llegarse a la comprensión mutua y a la aceptación mutua.

Una reflexión final

En la turbulencia que marcará el escenario mundial en las décadas venideras, la religión será, una vez más, un tema de discusión dominante, escriben los ya antes citados Alvin y Heidi Tofler. La creciente influencia religiosa debería ser orientada a la eliminación de los segmentos de fanatismo fundamentalista de extracción totalitaria, porque éstos ponen en peligro la legitimidad moral de la propia religión.

Intentar superar el antagonismo cultural y religioso debería ser una de las prioridades en cualquier intento de pacificación y de creación de marcos internacionales de cooperación. Ello, sin ignorar el potencial de las religiones. Así como en el pasado han causado conflictos sangrientos, han contribuido y podrán hacerlo nuevamente en el futuro, a prevenir y resolver conflictos.

¡Los enemigos de las religiones se encuentran en su propio seno! Y la eliminación del terrorismo promovido por los líderes políticos y religiosos de extracción totalitaria es un objetivo de interés común, de Occidente, de Oriente, del mundo árabe, no solamente de estadistas, políticos y diplomáticos, sino de la sociedad civil toda y de los líderes religiosos que transmiten el verdadero mensaje de sus religiones, que es un mensaje de paz

Un mensaje de que el terrorismo es inaceptable en toda circunstancia. Estamos embarcados en una batalla que, como señalamos anteriormente, debe ser librada en las escuelas, las mezquitas, las sinagogas y las iglesias. Una guerra para defender la paz.